

Como se puede ver ya por los títulos y por los autores, gran parte de la Semana reflexionó sobre la originalidad y novedad de Jesucristo en relación a las religiones no cristianas. De diversas formas y desde diversas perspectivas se volvió sobre un asunto que es consecuencia de confesar sinceramente la singularidad del acontecimiento Jesucristo: la paradoja existente entre la dimensión temporal y fugaz —humilde, diríamos— de los acontecimientos de su vida, y la dimensión universal y omniabarcante de su Persona y de esos fugaces acontecimientos. Se trata de un tema que, como es bien sabido, ha ocupado un lugar destacado en los interrogantes del pensamiento europeo en torno a Cristo desde el siglo XVIII, y que en este último decenio ha encontrado nuevos planteamientos.

Desde este punto de vista, son especialmente interesantes los tres primeros trabajos. El de J. Dupuis, donde el autor retoma las tesis ya defendidas en su *Jesucristo al encuentro de las religiones*. En paralelo con Geffré, J. Dupuis insiste aquí en la distinción entre la acción salvífica del Verbo y la acción salvífica de Jesucristo (cfr. esp. pp. 24). El trabajo de D. Muñoz es una síntesis, clara y profunda, de la enseñanza de la Escritura en torno a la Encarnación, tanto en su promesa, su prefiguración y su profecía en el AT, como en su realización en el NT. Resulta un trabajo verdaderamente útil para los estudiosos de cristología. El trabajo del A. Amato tiene gran importancia y es de gran oportunidad. La primera parte trata directamente la misma cuestión planteada por Dupuis. Comienza exponiendo los rasgos esenciales de las tesis de J. Hick (*The Myth of God Incarnate* y *The Metaphor of God Incarnate*), las de C.M. Thomas Thangaraj (*The Crucified Guru. An Experiment in Cross-Cultural Ch-*

*ristology*) y J. Moingt (*El hombre que venía de Dios*). Tras detenerse brevemente en la distinción entre Logos árkos y Logos énsarkos de R. Pannikar (*El Cristo desconocido del hinduismo*), el A. estudia la encarnación como acontecimiento trinitario, poniendo de relieve que «la encarnación del Verbo se convierte en lugar hermenéutico de la posibilidad de expresar a Dios en categorías y conceptos culturales humanos» (p. 105).

El libro ha sido publicado un poco antes de la Declaración *Dominus Iesus*. A su luz adquiere nuevo interés cuanto en él se dice.

Lucas F. Mateo-Seco

Nereo SILANES (ed.), *Se encarnó por obra del Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2000, 294 pp., 14,5 x 21,8, ISBN 84-88643-59-4.

Es el segundo volumen de la serie dedicada por Estudios Trinitarios a cada una de las personas de la Santísima Trinidad, como preparación a las celebraciones del Tercer Milenio. El centro de las consideraciones es la persona del Espíritu Santo, como corresponde al segundo año de preparación. Hay que decir, además, que las ponencias de esta Semana estuvieron en perfecta continuidad con las de la Semana anterior. En esta, como ya se ha reseñado, se estudió la encarnación del Verbo en cuanto centro de la historia de la salvación; ahora se estudia la eficiencia del Espíritu Santo —el «Santificador»—, en la encarnación del Verbo y en la presencia de Dios entre los hombres.

Las aportaciones a esta Semana aparecen recogidas en los siguientes títulos: M. Bordoni, *El Espíritu Santo y Jesús. Reflexión bíblica sistemática*; F. Contre-

ras Molina, *El Espíritu Santo y la misión de la Iglesia (los dos testigos profetas: Ap 11, 1-13)*; G.L. Müller, *La experiencia del Espíritu Santo en las Iglesias cristianas*; S. del Cura Elena, *Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo: una pneumatología trinitaria*; B. Castilla Cortázar, *El nombre propio del Espíritu Santo*; R. Sanlés, *La inhabitación del Espíritu Santo y la controversia Scheeben-Granderath*; F. Elizondo, *El Espíritu Santo y la esperanza escatológica*. Como se ve, el arco de cuestiones tratadas es amplio: va desde la consideración de las relaciones entre el Espíritu Santo y Jesús, hasta la situación de la pneumatología en las iglesias cristianas o la relación Espíritu Santo-escatología.

Bordoni insiste —y nunca se insistentará bastante— en la consideración de la historia de Jesús como relato trinitario. En efecto, la vida de Jesús viene esencialmente marcada por su carácter de historia filial, es decir, por su carácter de una relación filial al Padre que se desenvuelve bajo la acción del Espíritu. A la luz de esta relación, se destaca la dimensión «cristológica» de la donación del Espíritu: el Espíritu es don pascual de Cristo Crucificado-Resucitado. En este contexto, y como era lógico, Bordoni dedica abundantes páginas a la reflexión sobre la doctrina pneumatológica de la Declaración del Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos sobre la procesión del Espíritu Santo (8.IX.1995). Bordoni, que tiene muy presente la posición de Eudokimov al que cita ampliamente, para equilibrar la afirmación de la «taxis» trinitaria con la de la igualdad de las Personas, se apoya precisamente en las expresiones de la Declaración que intentan esto mismo, como p.e., cuando dice que «del mismo modo que el Padre se caracteriza como Padre por el Hijo al que engendra, el Espíritu, te-

niendo su origen en el Padre, lo caracteriza de modo trinitario en su relación con el Hijo; y caracteriza de modo trinitario al Hijo en su relación con el Padre. En la plenitud del misterio trinitario ellos son Padre e Hijo en el Espíritu Santo» (p. 31). En esta perspectiva, analiza la propuesta de «equilibrar» el *Filioque* añadiendo que el Hijo procede *ex Patre Spirituque*. La cuestión es delicada, pues no se puede invertir la «taxis» trinitaria; para situarla en un marco más adecuado, Bordoni apunta, como es lógico, a una profundización la perichoresis.

A esta misma cuestión dedica también abundantes páginas Santiago del Cura bajo el epígrafe «relaciones de origen y reciprocidad de la perichoresis». También aquí se analiza la «taxis» trinitaria que permanece invariable desde un comienzo, tanto en Oriente como en Occidente. Del Cura Elena siente también la molestia lógica ante el hecho de que la reflexión sobre esta «taxis» lleve consigo un cierto subordinacionismo pneumatológico. «De ahí —escribe— que, sin querer cuestionar ni la «monarquía» del Padre ni las relaciones de origen, se hace necesario, no obstante, reflexionar con más atención sobre el carácter exclusivo de este esquema y sobre una interpretación demasiado restrictiva de este orden («taxis») intratrinitario, que cuenta a su favor con el testimonio mayoritario de la tradición teológica. En fin de cuentas, se trata de encontrar un camino que ayude a superar un cierto «subordinacionismo», no herético, ni expresamente querido, pero persistente y difuso, que en el esquema determinado por las relaciones de origen hace necesariamente del Espíritu el «tercero» en la realidad y en la vida trinitaria de Dios. Tal camino podría estar en el otorgamiento de un mayor relieve a la «reciprocidad trinitaria», propia de

las personas divinas» (p. 164). La convergencia de Bordoni y Del Cura con la Declaración sobre la procesión del Espíritu Santo es palpable. También Del Cura analiza las expresiones «*Filioque*» y «*Spirituque*», y dedica unos párrafos verdaderamente interesantes a tratar de la «reciprocidad relacional» (pp. 164-169).

La perspectiva pneumatológica tratada por Bordoni y Del Cura encuentra un buen complemento en la perspectiva eclesiológica y pastoral tratada respectivamente por Müller y Rey y García Paredes. El teólogo alemán estudia la comprensión del Espíritu por parte de las confesiones cristianas y se plantea preguntas como si el Espíritu actúa independientemente de la mediación eclesial y sacramental, o si es justo calificar al catolicismo de cristocentrismo estrecho y a la ortodoxia de pneumatocentrismo. Las páginas de García Paredes son especialmente sugerentes y actuales. En ellas analiza, entre otras cosas, la relación entre «ministerio de la Palabra» y «ministerio del Espíritu».

El lector se encuentra, pues, ante un libro ágil y oportuno, en el que se ofrece una visión actual de numerosas cuestiones pneumatológicas. Los trabajos de Contreras, Elizondo, Castilla y Sanlés contribuyen a la variedad e al interés del libro.

Lucas F. Mateo-Seco

Nereo SILANES (ed.), *Dios Padre envió al mundo a su Hijo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2000, 247 pp., 14,5 x 21,8, ISBN 84-88643-61-6.

Se recogen aquí las ponencias de la 35 Semana de Estudios Trinitarios, dedicada a la teología de Dios Padre. Como en los dos volúmenes anteriores, también aquí se estudia la persona del Padre

desde la perspectiva de la encarnación, cerrando así el trienio de reflexiones sobre el misterio de Cristo, el misterio del Espíritu y el misterio del Padre.

Los trabajos comienzan con dos estudios relativos al espacio bíblico: S. Guijarro, *Dios Padre en la actuación de Jesús* y J. Vázquez Allegue, *¡Abba, Padre!. Dios como Padre en Qumran*. Sigue un interesante trabajo de E. Romero Pose, *Apuntes sobre Dios Padre en la teología primitiva*, dedicado a los Padres Apostólicos y a San Ireneo, y continúa con el tratamiento de aspectos relativos a la teología del Padre y a su contexto actual con los siguientes trabajos: M. Gelabert, *Dios Padre todopoderoso, Creador*; B. Andrade, *La salvación que parte del Padre*; L.F. Ladaria, *Dios Padre. Algunos aspectos de la teología sistemática reciente*; A. Vázquez Fernández, *Dios Padre en un mundo sin Padre*; F. Guillén, *El Padre en la Encíclica «Dives in misericordia»*.

Sugerente de planteamiento del trabajo de Guijarro con sus tres partes: la primera dedicada al *abbá* de Jesús, la segunda, a las relaciones padre-hijo en la sociedad palestina del siglo primero, y la tercera, al comportamiento filial de Jesús. El profundo conocimiento que Romero Pose posee de San Ireneo da a su trabajo un relieve especial. Añádase a esto que está muy ceñido al objetivo y a las circunstancias de la Semana, con lo que nos ofrece una selección de textos ireneanos y una presentación de los rasgos de la teología del Padre verdaderamente oportuna. M. Gelabert también divide en tres partes su exposición: Dios todopoderoso en la creación, todopoderoso frente a la creación, todopoderoso salvador, ofreciendo unas oportunas reflexiones en torno a la cuestión del mal. L.F. Ladaria, con su habitual buen hacer, presenta un esbo-